

# Ana Teresa Torres El sentimiento en la memoria

JUAN CARLOS SANTAELLA

FELIX GERARDI



**E**n los últimos años, la novela venezolana sugiere estar entrando en una fase de evidente renovación temática. Esta renovación, que adquiere cierto grado de sutileza expresiva, parece apuntar hacia zonas narrativas que no eran precisamente las usuales en años anteriores. Un nuevo, pero aún discreto espacio ficcional, se ha manifestado a través de un heterogéneo grupo de escritores, cuya obra señala rumbos y direcciones enmarcados en diferentes propuestas narrativas.

Después de un período literario singularizado por el rigor intimista y formal de sus búsquedas, surgen, hacia finales de la década del ochenta, varias corrientes dentro de las cuales hallaremos nuevas claves y aproximaciones al fenómeno de la prosa de ficción. Su característica principal, obedece a una mayor amplitud de los temas elegidos, a una deliberada libertad para explorar en situaciones

argumentales que no parecieran responder, en última instancia, a patrones narrativos preestablecidos. Estamos en presencia y frente a una diáspora de posibilidades expresivas, donde cada narrador investiga y crea siguiendo su propio impulso. En este sentido, todas las temáticas suelen ser factibles para la indagación de sus recursos estéticos. No existen, al parecer, modos literarios que demarquen, hacia uno u otro lado, territorios favoritos.

En su lugar, está planteada una extraterritorialidad, una especie de *no mans land*, en donde cabe cualquier intención temática. Signos evidentes de esta época, singularizada por su absoluta permisividad en materia artística y literaria, el escritor intenta, a su modo y parecer, una licencia expresiva sin aparente grado de represión, censura y predilecciones impuestas por escuelas literarias.

Desde cierto punto de vista, el panorama literario venezolano trata de coincidir, en su amplia multiplicidad de miradas y formas, con la contemporaneidad literaria de otros países latinoamericanos. Hasta mediados de los años sesenta, las principales vertientes narrativas todavía oscilaban dentro del embrujo arrollador del realismo mágico y otras hierbas exóticas. Después, las escrituras y los mismos contextos históricos comenzaron a cambiar en favor de lenguajes mejor adaptados a ciertas realidades que exigían, sin duda, inmediatas respuestas estéticas y temáticas. El tema urbano, por ejemplo, adquiere una resonancia de primer orden en este nuevo reacomodamiento de los virtuales lenguajes narrativos. De esta circunstancia tan impactante, surgen obras que se revelan como exponentes de un inédito realismo en el cual caben, a su vez, diver-



esos proyectos imaginativos tales como la tendencia policial, fantástica, humorística, la crónica periodística y hasta una variedad de ciencia-ficción que fecunda como natural consecuencia del entorno tecnológico que nos rodea. La novela histórica goza, en medio de este clima cambiante y prolífico, de un poder literariamente subyugante, poder que traduce la obvia inclinación latinoamericana a mostrar su acontecer histórico, a partir de estructuras narrativas bien superpuestas. A mi juicio, la novela histórica es el menos fecundo de todos los géneros narrativos que se practican en la actualidad. Su rígido mecanismo, tan sólo remite a un aspecto del cromatismo ficcional y por tanto no podemos considerarla como el discurso, por excelencia, que marca la diferencia y el ideal narrativo, en tanto conclusivo proyecto de rai-

gambre americana, legitimado por cierta crítica literaria afecta a sus nobles virtudes.

Todo esto para referirnos un poco a la obra de Ana Teresa Torres y el preciso lugar que ocupa dentro del más reciente espacio narrativo venezolano. En algún momento he señalado que esta importante autora venezolana, se inscribe en un momento particular de la prosa de ficción contemporánea, cuyo mundo narrativo comparte evidente novedad con el resto de un grupo significativo de novelistas y cuentistas. Su trabajo literario empieza a ser conocido en 1984, cuando gana el Concurso de cuentos del diario *El Nacional* con un texto admirable e inteligente titulado "Retrato frente al mar". Desde entonces, Ana Teresa Torres comienza a tener una presencia firme y constante que se definirá, en lo in-

mediato, con su primera novela *El exilio del tiempo*. Nace así, para sorpresa del ambiente literario nacional, una escritora que llama poderosamente la atención de lectores y de críticos. El éxito editorial irrumpe de pronto y la edición de este libro se agota con rapidez. Parte del éxito de esta primera novela estuvo avalado por el premio Municipal de Narrativa del Distrito Federal y el premio Conac de narrativa, lo cual demostraba en torno a este libro, un interés específico. En un breve lapso, la autora reaparece con una segunda novela de estructura más ambiciosa y total, *Doña Inés contra el oviedo*, cuya temática e interés ficcional, guarda estrecha relación con su novela anterior. Gana, en 1991, el premio de novela de la I Bienal de Literatura Mariano Picón Salas, donde al parecer la escritora alcanza, en poco tiempo, una celebridad poco

común entre los escritores venezolanos. Sin embargo, su trabajo como narradora no se detiene en estos dos considerables hechos. En fecha muy reciente gana con una novela, aún inédita y de enigmático título: *Malena de cinco mundos*, el prestigioso premio español Garcilaso. De igual manera, su novela erótica *Eco de goce ajeno*, quedó finalista en el premio La Sonrisa Vertical que otorga todos los años la editorial española Tusquets. Como podemos observar, el trayecto literario de Ana Teresa Torres ha sido rápido y consistente. Pocos casos como el de ella, alcanzan en muy poco tiempo, un resplandor literario de particulares fortalezas.

Al margen, pues, de estas consideraciones generales sobre su obra narrativa, podemos intentar ciertas aproximaciones a sus dos primeros libros. Tal vez el primer aspecto al que remite directamente el universo ficticio de *El exilio del tiempo* y *Doña Inés contra el olvido*, sea la noción transfiguradora del tiempo y la memoria en la vida de cada uno de los personajes. Es posible que una lectura simple y ceñida a ciertos esquemas, pueda convencernos de que estamos en presencia de novelas "históricas". Inclusive la misma temática que las explicita, sugiere una cercanía con elementos históricos, ya que los niveles del discurso ofrecen esta perspectiva. Sin embargo, no es la historia el eje esencial a través de cuyas articulaciones figuradas y reales, este discurso ficticio obtiene capacidad de sugestión. A mi modo de ver, sólo a partir del tiempo y de la memoria, en tanto elementos que pueden nutrir un "tiempo" histórico específico, estas novelas alcanzan su auténtica verdad novelesca. Por tal razón, no aparentan ser novelas históricas, sino novelas estructuradas



desde un ángulo memorioso; una memoria que cuenta, evoca y construye con el objeto de recuperarse en el tiempo. En ambos casos, estamos en presencia de aquello que Hilman llama el sentimiento dándole forma al tiempo.

Al menos en su primera novela, Ana Teresa Torres coloca al sentimiento como base inicial para toda esa recuperación afectiva de un mundo que se transcribe en lugares, costumbres, lenguajes, objetos y cosas que dan la medida exacta de un tránsito humano, de un devenir colectivo. Por intermedio de unos personajes, cuyos destinos se evocan en las tramas sutiles de la historia, la presencia de un país se insinúa como metáfora velada de un mismo destino. Lo particular contiene a lo general. Mi historia es, en cierta forma, la historia de todos. Allí radica la doble articulación de una historia como *El Exilio del Tiempo*. En su segunda novela, la memoria se apodera de la voz omnisciente de Doña Inés Villegas y Solórzano para sumergirnos en una saga también familiar que es, simultáneamente, la épica de un país marcado por la desolación, la traición y el amor. De muchas maneras, la vida republicana de Venezuela está contenida en esta novela de largo aliento, más totalizante que la primera, pero menos nostálgica, menos rica en posibilidades estilísticas.

Es probable que Ana Teresa Torres esté en vías de cerrar este ciclo de reconstrucciones históricas de la vida social y privada. De cualquier manera, su obra apunta hacia un horizonte que se prevé lúcido, lleno de posibilidades narrativas. La literatura venezolana de estos momentos tiene en ella a una de sus principales novelistas.